



Alrededor de 1.500 personas participaron en la manifestación del viernes en Bilbao de apoyo a los presos de ETA convocada por Sare, que ha marcado distancias con los 'ongi etorri'. J. ALEMANY

Los recibimientos públicos a los presos de ETA se topan con el rechazo frontal de la sociedad

El último 'ongi etorri' reabre la polémica sobre el derecho de sus familiares a recibirlos y el dolor de las víctimas

DAVID GUADILLA

Como si fuera un 'deja vu' o una maldición de la que no puede escapar la sociedad vasca, la salida de la cárcel de Basauri del preso etarra Agustín Almaraz ha vuelto a traer imágenes y discursos que parecían superados. El pasillo que decenas de personas le hicieron en el barrio bilbaíno de Santutxu entre aplausos y vítores ha reabierto un debate que nunca se cierra. ¿Dónde está el límite entre el derecho de unos familiares a recibir a quien es excarcelado y el dolor que sufren quienes fueron sus víctimas? En el caso de Almaraz cumplió condena por cuatro asesinatos. La mayoría de los partidos, los gobiernos central y vasco, colectivos de víctimas y damnificados a título particular han mostrado su rechazo frontal a este tipo de «exhibiciones».

Hace solo dos semanas, Covite

consideraba una «buena noticia» que los 'ongi etorri' se estuviesen haciendo últimamente en «privado» y no «con la obscenidad y jactancia» de meses anteriores. Pero entonces empezó a percibirse un giro que arrancó a las puertas de la prisión de Logroño, donde alrededor de sesenta personas fueron a recibir a otro miembro de ETA. No era un 'ongi etorri' como tal, pero iba más allá de los habituales reencuentros a las puertas de los centros penitenciarios. Y la tormenta volvió a desatarse.

¿Ha pasado algo en las últimas semanas que lo explique? La izquierda abertzale insiste en que no. Todo lo contrario. Aseguran que durante los últimos meses, incluso años, se ha hecho un esfuerzo por controlar ese tipo de imágenes y «pedagogía interna» para trasladar a la militancia que lo más adecuado es realizar los recibimientos de forma discreta. Pero que dentro de un magma complejo como es ese mundo nunca se va a dictar una orden explícita para prohibirlos y que cuando surja el debate o se genere polémica la respuesta será, añaden, un comunicado como el lanzado el miércoles. Pura ortodoxia.

En ese intento de moverse en un equilibrio imposible, subyacen dos argumentos. Uno el ético, el de aquellos que admiten, aunque sea en privado, que diez años después del cese del terrorismo de ETA ese tipo de actos no ayudan a la convivencia. Y otro el estratégico. Porque tanto en la mayoría de Sortu como en el conjunto de EH Bildu son conscientes de que en la sociedad vasca es tan mayoritario el apoyo al acercamiento de los presos de la banda a Euskadi como el rechazo a este tipo de homenajes. Lo sucedido en Santutxu sería, según su versión, algo inevitable porque no se pueden controlar todos los barrios y pueblos.

Una explicación que no todos

comparten. Los más escépticos recuerdan el proceso a Herrería, en el que quedó claro que había una estructura jerárquica que controlaba todo. La Audiencia Nacional tiene una investigación abierta sobre el grado de implicación de dirigentes de la izquierda abertzale en estos recibimientos.

Debate interno

La prueba de que hay debate interno se constató en 2019. El Foro Social, que mantiene una buena sintonía con la dirección de Bildu y de Sortu y que en mayo de este mismo año se reunió con los portavoces del EPPK, afirmó que los recibimientos explícitos a presos etarras suponían un «dolor añadido a las víctimas» y abogaba

por hacerlos en privado.

Esas palabras abrieron toda una discusión y el colectivo tuvo que matizar que los familiares tenían derecho a mostrar su alegría. En todo caso, su portavoz, Agus Hernan, insistía hace apenas unas semanas en la misma línea: los 'ongi etorri' «tienen que desarrollarse en el ámbito privado» ya que la sociedad «no acepta más sufrimiento hacia las personas que ya lo hayan padecido». Algo parecido ocurre con Sare. Este pasado viernes reconocía entender el «dolor de las víctimas» por los 'ongi etorri', pero al mismo tiempo organiza el acto por Parot el 18 de septiembre.

La opinión de que la frontera entre lo que puede ser aceptable

LAS FRASES

Xtenua Urkijo
Exdirector DDHH

«No hay cabida para expresiones de apoyo públicas para aquellas personas que han generado dolor»



Javier Elzo
Sociólogo

«¿Que se les quiere recibir en la sidrería? Muy bien, pero no puedes pasearlo por las calles como si fuese un héroe»



Javier Gomá
Filósofo

«Es un aplauso perdedor. El motor más eficaz para combatirlos es el asco y la vergüenza»



LA CLAVE

DESMARQUE

El Foro Social también reconoce que ese tipo de actos tienen que ser en el «ámbito privado»

y lo que no está en diferenciar entre «público y privado» está generalizada. Así lo cree, por ejemplo, Txema Urkijo, para quien «en el camino de mejorar la convivencia» en Euskadi actos como el del pasado lunes «tienen que desaparecer». Para el que fuera director de Derechos Humanos del Gobierno vasco, aun reconociendo que todo preso tiene derecho a reinsertarse, «no tienen cabida expresiones de apoyo públicas para aquella persona cuya única trayectoria pública reconocida ha sido generar dolor». Urkijo, en todo caso, cree que lo que se busca no es tanto «humillar a las víctimas», sino sobre todo poner en valor la trayectoria del miembro de ETA. «Y eso es inadmisibile».

«Resto bárbaro exótico»

En una línea similar se pronuncia el catedrático de Sociología Javier Elzo. «A los presos hay que reintegrarlos, por supuesto, pero sin 'ongi etorri'». Y, como Urkijo, establece una línea clara. «¿Que se les quiere recibir en una sidrería o donde sea? Pues muy bien, pero tú no puedes pasearlo por las calles como si fuesen héroes».

Una diferencia que Sortu soslayó en su comunicado del miércoles, cuando acusó de impedir a «una madre abrazar a un hijo» a quienes pusieron el grito en el cielo por el 'ongi etorri' a Almaraz. Una afirmación que de nuevo soliviantó a las víctimas. «Nadie os prohíbe abrazaros. Lo que es indecente es el 'show' que organizáis», respondieron con enojo desde Covite.

Javier Gomá va un paso más allá. «El sentimiento de alegría es íntimo; reunirse es un derecho, incluso para celebrar el retorno de un criminal», afirma el filósofo, quien cree que la respuesta para frenar este tipo de cuestiones no es tanto legal como ética. «El derecho coactivo no es probablemente el arma más eficaz para combatir esos comportamientos». En su opinión, «el motor más eficaz es la vergüenza y el asco». «La conducta de ese grupo que festeja a criminales es vergonzante y asquerosa. Se trataría de generalizar ese sentimiento negativo a toda la ciudadanía, incluyendo a ese resto bárbaro exótico».

A los que salieron a aplaudir a Almaraz y al resto de etarras que salen de la cárcel, según Gomá, habría que explicarles que es «un aplauso perdedor» porque «la modernidad ha triunfado por todas partes y quien no lo ve se parece a ese japonés que, atemorizado de las represalias, permanece escondido en la selva desde 1945 porque no se ha enterado de que la Guerra Mundial ha terminado».